

ella. De vez en cuando, sin dejar de llorar miraba de soslayo á la rorra aprisionada entre los brazos de Mateo. ¡Ay! Recuperaba aquel valioso juguete, pero perdía para siempre la ternura de un padre, que á pesar de sus miserias y debilidades, la amaba con toda su alma. Y la niña, no obstante su edad, adivinó con maravillosa intuición el heroico sacrificio de su padre, y con la precoz filosofía que infunde la desgracia, pensaba sollozando: ¡Ay! los juguetes de valor no se hicieron para los niños pobres.



EL DEFENSOR PROVIDENCIAL

Era Jacinta buena mujer, pero tan desgraciada como buena. Tenía tres años de casada y habían sido de continuo tormento; su esposo Isidro, un gañán alto, muy trigueño, sin pizca de barba, de pequeños ojos cafés, de mal carácter y tonto de capirote, tenía la extravagante creencia de que á la esposa debe tratársela á golpes, para que sea siempre dócil y obediente. Había pasado en la cabecera del Partido un caso singular que confirmó más al marido en aquella arraigada idea: una ranchera demandó á su esposo ante el Juez Municipal quejándose de que aquel ya no la quería. Interrogada por la causa de tal afirmación contestó: Que no la amaba ya porque hacía mucho tiempo que no le pegaba. (1)

(1) Histórico.

El mismo día de tal suceso, Isidro dió á Jacinta una terrible zurrubanda so pretexto de que los frijoles no estaban bien cocidos. La pobre mujer no tenía ni á dónde volver los ojos ni con quién desahogarse, pues en la estancia de "Los Borregos," donde habitaba, no había más casa que la suya, ni más vecinos que dos ó tres peones, y sólo en tiempo de tranquila venían de la hacienda muchos rancheros.

Jacinta era devotísima del Apóstol Santiago, devoción que desde niña adquirió en el hogar paterno. En la salita de la casa tenía clavada en la pared, una estampa del Apóstol, y abajo de ésta una repisa con flores silvestres y una lámpara que ardía continuamente, pues Jacinta procuraba proveerse de aceite oportunamente para que la lamparita no dejara de arder.

En aquellos días celebrábase en Pánuco la fiesta llamada "Morisma," que consiste en un simulacro de guerra entre moros y cristianos. El Gran Turco y el Jefe cristiano en insolentes y campanudas arengas, rétanse y succédense los combates que duran tres días y concluyen con la victoria de los cristianos, que cortan la cabeza al Gran Turco; y es de ver la entusiasta algazara con que sobre

una asta pasean en triunfo la ensangrentada cabeza de cartón del decapitado moro, pues en el cuello del vencido han puesto una vejiga de toro llena de sangre para que el espectáculo se aproxime más á la realidad. Las lomas véense cubiertas de curiosos, especialmente de la plebe, que gusta mucho de "La Morisma," á la que dá un carácter religioso. No sé el origen de tales fiestas, que, entre multitud de anacronismos, representan en tierra la famosa batalla naval de Lepanto. Cada soldado se viste á su gusto, y he visto turcos con trajes de los que, en la Semana Santa, portaban los judíos en la parroquia de Jesús. Forman también su campamento, en el cual, si no existe en todo su rigor la disciplina militar, si se sufren con gusto algunas de las molestias del soldado, lo que ciertamente revela que esta gente es guerrera por excelencia.

Uno de los que siempre se distinguían en tales fiestas, por su marcial continente, lo vistoso de su uniforme y el entusiasmo con que se alistaba entre los cristianos, era "El Volcán," un rancharo fachendoso y atolondrado, á quien por su carácter designaban sus amigos con aquel apodo.

Después de comer salió "El Volcán"

de su rancho, acompañado de dos amigos, los tres en magníficos corceles, con ánimo de pernoctar en Vetagrande y al día siguiente, muy temprano, llegar á Pánuco á tomar parte en "La Morisma." Iba contentísimo en el caballo blanco de su padre, y dejaba boquiabiertos á los transeuntes que contemplaban á aquel extraño militar de dorado casco de hoja de lata con blanco penacho, uniforme también blanco con vivos rojos y una especie de clámide nácar.

Obscurecía cuando "El Volcán" y sus dos amigos se hallaban cerca de la estancia de "Los Borregos." Aquél, creyéndose casi un Don Juan de Austria, contemplaba el Occidente, cuyas nubes orladas de fuego por el sol poniente, se apiñaban formando extrañas figuras. La amarillenta luz del vespertino crepúsculo bañaba el campo, y allá, por entre el mezuital, con tardo paso, venían las vacas moviendo á compás sus cornudas cabezas y dando de vez en cuando un bocado. De repente oye desaforados gritos que demandan auxilio.

—Aquí del sable del vencedor en Lepanto, dijo á sus amigos, que se quedaron absortos sin tener tiempo de contestar; desenvaina la espada, pincha con las espuelas los ijares del brioso melado y par-

te á carrera abierta. Allá, á lo lejos, cerca de una nopalera, distingue un hombre que azota furioso á una mujer, quien implora misericordia y llama á gritos al Apóstol Santiago.

"El Volcán," que había oído hablar del Quijote y aun sabía algunas de sus aventuras, pero que no lo había leído nunca, por la sencilla razón de que no sabía leer, debió sentir algo parecido á lo que sintió el ilustre manchego en presencia de los galeotes. Lleno de indignación ante el abuso de la fuerza, arremetió á cintarazos contra Isidro, que azotaba á la infeliz Jacinta. Mientras que aquél, estupefacto, contempla al "Volcán," ésta, postrada en tierra, clama agradecida:

—¡Bendito seas, oh insigne Apóstol Santiago, protector mío! Ya tengo quien me defienda.

Una vez cumplido aquel acto de justicia, al largo trote de su caballo dirigióse impertérrito y sin siquiera volver la vista hacia atrás, al lado de sus amigos, quienes medrosos por el desaguisado que acababan de presenciar, continuaron su marcha al galope y tras de ellos su fogoso amigo.

Concluido que hubieron las fiestas de "La Morisma," concurridísimas ese año,

cristianos y moros, inclusive el decapitado Gran Turco, volvieron á sus hogares, y los dos amigos del "Volcán," que habian ido de simples espectadores, salieron de Pánuco antes que aquél. Espoleóles la curiosidad de saber las consecuencias de la quijotesca aventura de su amigo, y al pasar por la estancia de "Los Borregos," hicieron alto frente á la casita de Isidro y pidieron á Jacinta, que estaba á la puerta, un jarro de agua. La buena mujer dióselos con gusto. Tenía una cara de pascua que era para alabar á Dios.

—Juraría, dijo uno de los viajeros á Jacinta, que vive usted muy feliz en este desierto, porque el regocijo le sale á usted á la cara.

—Sí señores, respondió Jacinta; desde que se me apareció el Apóstol Santiago, hace cuatro días, y castigó á mi marido, no cabe el júbilo en mi pecho.

—Y ¿cómo es el Apóstol Santiago? dijo con guasa el interpelante.

—¡Hermosísimo! contestó con fuego Jacinta. Rostro de querubín, casco de oro purísimo, vestido con los colores de la aurora, jinete en un caballo blanquísimo como no los hay, no los puede haber sobre la tierra.

—¿Y el marido de usted también vió al Apóstol?

—¡Que sí le vió! Le vió y le sintió, señores, es decir, sintió el peso de su bendita mano, y hoy, temeroso de las iras del gran santo, mi Isidro está enteramente convertido.

En estos momentos llegaba el bueno de Isidro.

—¿Verdad, Isidrito de mi alma, díjole Jacinta, que se nos apareció el Apóstol Santiago?

—Verdad, repuso Isidro, limpiándose con el dorso de la diestra mano dos lagrimones que espontáneos brotaron de aquellos ojos color de almendra, y luego, quizá por asociación de ideas, llevóse ambas manos á las posaderas, lugar donde principalmente descargó su ira el furibundo "Volcán."

Los dos viajeros esforzaronse por contener la risa, dieron unos tragos de agua y continuaron su viaje, despidiéndose de los consortes.

Y es fama que desde la memorable fecha en que "El Volcán" cintareó á Isidro, éste no volvió á pegar á su esposa, y ambos juran por Dios y por todos los santos de la corte celestial, que el Apóstol Santiago baja del cielo para castigar á los maridos que azotan á sus esposas.